

Niveles explicativos y ontología de la mente en la psicología evolucionista

Gustavo FERNÁNDEZ ACEVEDO

Recibido: 28 de mayo de 2006

Aceptado: 15 de junio de 2006

Resumen

En este artículo se defienden dos tesis respecto de la ontología de la mente y la concepción de niveles explicativos supuestas por la psicología evolucionista. En primer lugar, que la teoría de la mente presupuesta no es capaz de eliminar todo resto dualista y presentar una imagen plausible de la relación mente-cuerpo. En segundo lugar, que las dificultades presentadas por las hipótesis ontológicas, sumadas a ciertas tesis razonables sobre la compatibilidad explicativa, limitan el atractivo del pluralismo de niveles pretendido.

Palabras clave: psicología evolucionista, teoría de la mente, problema mente-cuerpo, niveles explicativos.

Abstract

In this article I defend two theses related to the ontology of the mind and the conception of explanatory levels supposed by evolutionary psychology. First, that the theory of mind adopted by this program can not remove all dualist remnant and present an acceptable picture of mind-body relationship. Second, that the difficulties presented by the ontological hypothesis, in addition to certain plausible theses on the explanatory compatibility, reduce in wide measure the attractiveness of pluralism of levels defended.

Keywords: evolutionary psychology, theory of mind, mind-body problem, explanatory levels.

1. La psicología evolucionista y sus críticos

La psicología evolucionista constituye uno de los programas de investigación¹ en psicología de mayor desarrollo actual. Los pilares teóricos de esta perspectiva son la teoría de la evolución por selección natural y la concepción computacional de la mente, esto es, el enfoque que puede denominarse ‘clásico’ en psicología cognitiva.² Uno de los principios fundamentales de la psicología evolucionista es la concepción de la mente como un sistema de módulos u órganos de computación, diseñado y seleccionado con el fin de resolver los problemas adaptativos que enfrentaron nuestros ancestros cazadores-recolectores en su entorno natural durante varios millones de años. Debido a esta perspectiva psicológica este programa aspira a diferenciarse de su antecesor conceptual, la sociobiología, no sólo a partir de la hipótesis de que los sistemas mentales pueden haber sido adaptativos en el entorno en el que surgieron, pero que pueden no ser adaptativos en el entorno actual, sino también en que, a diferencia de la sociobiología, no pretende ser reduccionista. A semejanza de este programa, no obstante, retiene la oposición a lo que identifica como su principal adversario teórico: el denominado “modelo estándar de las ciencias sociales” (Tooby & Cosmides, 1992). Los defensores de este modelo, señalan los psicólogos evolucionistas, conciben erróneamente a la cultura como “una entidad autónoma que lleva a cabo un deseo de perpetuarse a sí misma constituyendo expectativas y asignando papeles, que pueden variar de forma arbitraria de una sociedad a otra” (Pinker, 1997, p. 69). La mente, bajo esta perspectiva, es una *tabula rasa* en la cual el aprendizaje, la experiencia o simplemente la cultura inscriben contenidos en un sistema formado por unos pocos mecanismos generales y de contenido no específico.

Uno de los objetivos más ambiciosos de la psicología evolucionista es la aspiración a convertirse en marco metateórico unificador de la teorización e investigación fáctica en psicología. De esta manera, no se trata de una rama de la psicología, como la psicología de la percepción o la psicología social; todo fenómeno psicológico puede ser examinado desde una perspectiva evolucionista y, *en principio*, es susceptible de recibir una explicación desde tal perspectiva. Durante los últimos años el enfoque evolucionista ha sido aplicado a un amplio dominio de hechos psi-

¹ El empleo de la expresión ‘programa de investigación’ no implica un compromiso con la perspectiva lakatosiana de la ciencia (perspectiva empleada por algunos autores para defender la cientificidad de la psicología evolucionista); simplemente se trata de un rótulo cómodo para designar a un sistema conceptual complejo, que excede el alcance de lo que usualmente se entiende por ‘teoría científica’.

² Pinker (1997), por ejemplo, al describir los fundamentos de la psicología evolucionista, señala que este programa se asienta en dos pilares: la psicología cognitiva (en particular, la Teoría Computacional de la Mente y la perspectiva modular) y la biología evolucionista.

cológicos,³ y se han publicado multitud de ensayos que examinan los principios teóricos o los hallazgos descriptos.⁴ Este aparente éxito fáctico de la psicología evolucionista no impidió que debiera hacer frente a objeciones de muy diversas clases.

Desde el campo de la biología evolucionista ha enfrentado críticas referentes a que presenta una imagen inaceptable de los mecanismos de la evolución, al centrar la atención exclusivamente en las adaptaciones debidas a la selección natural y desechando otros mecanismos, como los *spandrels* (subproductos o epifenómenos no adaptativos surgidos como consecuencia de la adquisición de rasgos adaptativos) y las *exaptaciones* (estructuras que contribuyen a la aptitud del organismo pero que evolucionaron por otras razones y fueron luego cooptadas para ese fin), y a subestimar el rol de la contingencia y el azar (Gould, 1997). Desde una perspectiva epistemológica, las críticas han apuntado a cuestionar el status científico de este programa, señalando reales o presuntas incapacidades predictivas, la imposibilidad metodológica de someter al testeo empírico las afirmaciones sobre los entornos de evolución adaptativa pasados y el predominio casi total de las explicaciones de hechos consistentes en acomodaciones *post hoc* de la teoría (Bunge, 2003). Por otra parte, los enfoques evolucionistas en ciencias sociales en general y la psicología evolucionista en particular, han sido objeto de ataques por parte de científicos pertenecientes al ala izquierda del espectro ideológico, señalando su presunta afinidad con filosofías legitimadoras del orden económico, social y político (Lewontin, Rose y Kamin, 1984; Rose 1997).

Quizás menos llamativas (aunque no por eso de inferior importancia conceptual) son las críticas hacia la psicología evolucionista dirigidas a cuestionar la teoría de la mente presupuesta. Entre ellas se cuentan el desafío teórico de justificar la adopción de los enfoques simbólicos tradicionales de la psicología cognitiva por sobre los modelos conexionistas⁵ y el problema de defender una concepción masivamente modular de la mente.⁶ No tan analizadas han sido las dificultades presen-

³ Tal dominio incluye el lenguaje (Pinker & Bloom, 1992), el intercambio social (Cosmides & Tooby, 1992), la elección de parejas sexuales (Buss, 1992), el homicidio (Daly & Wilson, 1988), la depresión (Nesse, 2000), la psicopatía (Mealey, 1995), la toma de decisiones (Barrett & Fiddick, 1999), las emociones (Cosmides & Tooby, 2000), los desórdenes emocionales (Nesse, 1998) y los procesos de desarrollo individual (MacDonald, 1996, 1998), entre muchos otros temas.

⁴ Este conjunto de trabajos incluye los producidos por los principales autores que promueven y desarrollan esta perspectiva (Tooby & Cosmides, 1992; Symons, 1992; Buss, 1995; Cosmides & Tooby, 1997; Pinker, 1997), como aquellos escritos por partidarios o simpatizantes (Wright, 1994; Dennet, 1995; Kennair, 2002; Durrant & Ellis, 2003), o por críticos (Gould, 1997; Fodor, 1998; Panksepp & Panksepp, 2000; Tattersall, 2001).

⁵ Pinker (1997) considera que los modelos conexionistas no son capaces por sí mismos de explicar la inteligencia humana, si bien admite que pueden jugar un rol menor dentro de nuestra comprensión de ella. Por el contrario, sostiene que la mayor parte de la cognición puede ser entendida a partir de los enfoques simbólicos.

⁶ El carácter modular que los psicólogos evolucionistas atribuyen a la mente, a diferencia del pro-

tadas por los modelos computacionales/funcionalistas en proporcionar una explicación plausible de la relación entre lo mental y lo físico. Nos detendremos particularmente en este problema y mostraremos que constituye una amenaza potencial para los fundamentos teóricos del programa de la psicología evolucionista. Este problema, a su vez, tendrá consecuencias negativas para otro principio fundamental de la psicología evolucionista: el carácter no reduccionista del programa. Estas consecuencias se advertirán en el plano relativo a la competencia o compatibilidad de los diversos tipos de explicaciones admisibles en esta perspectiva. Nos concentraremos en particular en la presunta oposición entre explicaciones cognitivas y explicaciones neurofisiológicas. Concluiremos que la combinación de dificultades ontológicas y epistemológicas puede situar a la psicología evolucionista en una posición más cercana al reduccionismo acerca de lo mental.

2. Los problemas en la ontología de la mente

Hagen (2005), en una discusión reciente sobre los fundamentos de la psicología evolucionista, señala que la invención de la computadora, al mostrar cómo un objeto físico podría “pensar”, posibilitó la unificación de la mente y la materia, demoliendo el dualismo cartesiano y originando la revolución cognitiva. No obstante, observa, la psicología evolucionista aspira a una unificación mucho más profunda de la mente y el cuerpo que la lograda por la revolución cognitiva. Muchas teorías computacionales de la cognición están invadidas por un no reconocido dualismo; si bien se supone que los orígenes y la naturaleza de las estructuras cerebrales son explicables en términos de leyes físicas, implícitamente se supone que tienen escasa relación con los orígenes y la naturaleza de las estructuras del resto del cuerpo. Hagen advierte, además, que muchas de las críticas elevadas contra la psicología evolucionista derivan de una posición dualista respecto de la relación mente-cuerpo que esa perspectiva rechaza. Llamaremos a la actitud hacia la mente defendida por Hagen “naturalista”: la mente puede ser plenamente comprendida a través de los mismos principios y procedimientos que los empleados en el estudio de cualquier otro objeto natural. El rechazo del dualismo se inscribe nítidamente en esta línea de pensamiento.

Sin embargo, es conveniente examinar con cuidado la presunta disolución del dualismo por medio de la hipótesis computacional de la mente. El enfoque computacional por el que aboga Hagen y la gran mayoría de los psicólogos evolucionistas

pio del enfoque fodoriano, es masivo, ya que no se limita a los sistemas de entrada de información al organismo. En consecuencia, se separan de Fodor al extender el alcance de la hipótesis modular a todos los procesos mentales, y no sólo a ciertos sistemas. Sin embargo, esta presunción teórica trae aparejados diversos problemas teóricos, algunos de los cuales han sido expuestos por el propio Fodor (1998, 2000).

es una perspectiva funcionalista. Esto se pone de manifiesto aun en las caracterizaciones básicas de la psicología evolucionista. Cosmides y Tooby (1997, 2000) en su presentación de este programa, señalan la existencia de tres niveles explicativos interrelacionados. El primer nivel está constituido por las teorías relativas a los problemas adaptativos, esto es, los problemas originados en el ambiente que los organismos deben resolver en su lucha por la supervivencia. El segundo nivel está constituido por los programas cognitivos que resuelven los problemas adaptativos: los módulos u órganos mentales. Por último, el tercer nivel está constituido por las bases neurales que constituyen el sustrato material de los programas cognitivos. Los programas cognitivos, si bien dependen de las bases neurales, no son reductibles a ellas, sino que son implementados o realizados físicamente. Esta perspectiva es, por lo tanto, funcional: lo que caracteriza a los estados/procesos mentales no es su relación con los estados/procesos neurales que constituyen su sustrato material, sino su rol causal dentro de un sistema complejo. La perspectiva funcional supuesta es típicamente no reduccionista; si bien presupone la existencia de relaciones nomológicas entre lo mental y lo físico en las cuales las propiedades mentales, concebidas como propiedades funcionales, dependen (vía una relación de realización física o de superveniencia) de propiedades físicas, no admite que los sucesos mentales puedan reducirse a sucesos físicos. Más aún, suele admitirse que los estados mentales son *múltiplemente realizables* por estados físicos; esto es, distintos tipos de estados neurales pueden realizar o implementar el mismo tipo de estado mental. De esta manera, evita comprometerse tanto con alguna clase de desacreditado dualismo de sustancias, como con materialismos reduccionistas difícilmente sustentables; sin embargo, mantiene un dualismo de propiedades. Este equilibrio conceptual entre el reconocimiento del carácter básico del mundo físico y el no reduccionismo es lo que ha parecido a muchos autores el atractivo principal de esta posición. No obstante, en los últimos años diversos filósofos han planteado si, desde una perspectiva funcionalista y no reduccionista, que es la que pretende adoptar la psicología evolucionista, lo mental puede ser diferente a lo físico sin perder la clase de propiedades que habitualmente queremos atribuirle (fundamentalmente, la de poseer efectos causales sobre otros estados mentales y sobre la conducta).

Como resultado de estos planteos, se han desarrollado distintos argumentos⁷ que tienden a mostrar que tal equilibrio conceptual es inestable y que no puede ser mantenido en su forma actual; veremos que, dentro del marco no reduccionista, resulta difícil explicar cómo cualquier estado mental es capaz de poseer efectos sobre la conducta física. El núcleo de los argumentos más influyentes es el siguiente: los sucesos mentales *dependen* de sucesos físicos del cerebro, pero no son reductibles a ellos. Además, se desea atribuirles poderes causales en la producción no

⁷ Block, 1990; Jackson y Pettit, 1990; Kim, 1989b, 1990, 1993a, 1998, 2005.

sólo de otros estados mentales, sino también en la producción de estados físicos del cerebro; de otro modo, no habría manera de conectar los sucesos mentales con la conducta física observable. Ahora bien, el enfoque materialista subyacente supone que el cerebro es un sistema físico cerrado, que sólo admite influencias causales físicas; por lo tanto, un suceso cerebral sólo puede ser causado por otro suceso cerebral. Pero los sucesos mentales, en este enfoque, no son sucesos físicos; el problema es, por consiguiente: ¿cómo es posible que los sucesos mentales puedan ejercer una influencia causal sobre los sucesos cerebrales y, por lo tanto, sobre el mundo físico? Este problema, al cual se ha dedicado una extensión importante en la filosofía de la mente y la psicología en los últimos años, se ha revelado como un escollo importante para las probabilidades de éxito de las perspectivas no reduccionistas acerca de lo mental y lo físico. En lo sucesivo presentaremos esquemáticamente la versión más reciente de este argumento, denominada en ocasiones ‘argumento de la exclusión’, y debida a Kim (2005). Si bien la versión del argumento que exponemos es menos formalizada que la presentación principal, será suficiente para mostrar los problemas que enfrentan las versiones de materialismo no reduccionista.

Kim formula el problema de la causación mental en los siguientes términos: ‘La eficacia causal de las propiedades mentales es inconsistente con la aceptación conjunta de las siguientes cuatro afirmaciones: (i) clausura causal de lo físico, (ii) exclusión causal, (iii) la superveniencia mente-cuerpo, y (iv) dualismo de propiedades mentales/físicas –el punto de vista de que las propiedades mentales son irreducibles a propiedades físicas-’ (p. 21-22). La conjunción de estos supuestos genera el siguiente argumento. Supóngase que la ejemplificación de una propiedad mental M causa la ejemplificación de otra propiedad mental M^* .⁸ Esta posibilidad es perfectamente consistente, observa Kim, con la tesis de la clausura causal del mundo físico. No obstante, la superveniencia mente-cuerpo sostiene que la ejemplificación de la propiedad mental M^* tiene lugar en virtud de que una de las propiedades físicas sobre las cuales M^* sobreviene es ejemplificada en ese momento, esto es, una propiedad física de base a la que puede llamarse P^* . Por lo tanto, la ocurrencia de M^* es enteramente dependiente de, y generada por, la ejemplificación de P^* . En este momento el argumento de la exclusión, señala Kim, comienza a mostrarse. ¿Se debe la ocurrencia de M^* a su supuesta causa M o a su base de superveniencia P^* ? Kim considera que la única manera aceptable de reconciliar las dos afirmaciones causal/generativas y lograr una representación consistente de la situación es admitir que la ejemplificación de M causa la ejemplificación de M^* al causar la base de superveniencia de esta última, es decir, P^* . Esta descripción es un caso de un principio que Kim considera sumamente plausible: para causar la ejemplificación de una propiedad superveniente debe causarse la ejemplificación de su base de super-

⁸ En este argumento los sucesos son concebidos como ejemplificación de propiedades.

veniencia. Se trataría entonces de la causación de P* por parte de M, esto es, un caso de causación de lo mental a lo físico. Ahora bien, por la tesis de la superveniencia, M debe tener su propia base física de superveniencia, a la que denominaremos P. Cuando se considera el cuadro completo, parece ser totalmente razonable considerar a P como causa de P*. Si se considera la causación en términos de suficiencia, P es claramente suficiente para P*, dado que es suficiente para M y M es suficiente para P*. Si se considera la causación en términos de contrafácticos, hay que suponer que si P no hubiera acaecido, tampoco lo hubiera hecho la propiedad superveniente M, y dado que M es la causa de P*, P* tampoco habría acaecido.

En este punto, entonces, parecen existir dos cadenas causales que conducen a P*: es causada por P o causada por M. Dado que, por el dualismo psicofísico de propiedades, M y P son propiedades distintas, parece haber dos causas suficientes para la ocurrencia de P* en ese momento. Sin embargo, debe aplicarse aquí el principio de exclusión causal: una de las dos, M o P, debe ser descalificada como causa de P*. Y rápidamente surge que M debe ser la presunta causa rechazada. En efecto, si P fuese la presunta causa desechada, sólo permanecería M como causa de P*, lo cual violaría la clausura causal del mundo físico. El cuadro final que emerge, observa Kim, es el siguiente: P es la causa de P*, mientras que M y M* sobrevienen a partir de P y P* respectivamente. Sólo hay un proceso causal subyacente, que conecta las dos propiedades físicas, P y P*. Las correlaciones entre M y M* y entre M y P* no son en absoluto accidentales o coincidentes; son regularidades legales y capaces de sustentar contrafácticos, que surgen de la superveniencia de M y M* a partir del nexo causal entre P y P*. Tales correlaciones proporcionan una impresión de relación causal; sin embargo, esta causación es solamente una apariencia, y no hay aquí más causación que la producida, por ejemplo, por dos síntomas sucesivos de una patología en desarrollo.

Este argumento, ha sido ampliamente analizado y discutido en los últimos años, y ha originado una plétora de respuestas de diversa clase, incluyendo intentos de mostrar que es incorrecto o que conduce a consecuencias inadmisibles, por lo que debe ser rechazado (Baker, 1993; Burge, 1993; Glymour, 1999; y Marras, 2000). Ahora bien si, como creemos, el argumento presentado es fundamentalmente correcto, la psicología evolucionista enfrenta alternativas poco compatibles con sus fundamentos teóricos. Si los enfoques no reduccionistas son básicamente inviables y las estrategias destinadas a mostrar las deficiencias del argumento fracasan, las opciones parecen ser o bien el retorno a alguna clase de dualismo ‘fuerte’, que niegue la dependencia de lo mental sobre lo físico, o bien formas reduccionistas o eliminativistas del materialismo. De todas ellas, tal vez alguna forma de reduccionismo sea la única forma de mantener la dependencia de lo mental sobre lo físico y preservar en alguna medida su eficacia causal; en consecuencia, posiblemente sea esta opción la preferible. No obstante, ninguna de las alternativas parece compatible con la forma que adopta actualmente la psicología evolucionista.

A diferencia de los restantes problemas relativos a la teoría de la mente que enfrenta la psicología evolucionista, esto es, la preferencia por los enfoques simbólicos y la defensa de la modularidad masiva, el problema de la exclusión causal afecta globalmente a cualquier teoría de la mente que suponga simultáneamente la dependencia de lo mental sobre lo físico y su irreducibilidad. Una segunda consecuencia, como veremos a continuación, será la dificultad en asegurar la relevancia y la autonomía explicativa del nivel psicológico.

3. La incompatibilidad de los niveles explicativos

La coexistencia de distintos tipos de explicación, en el marco del enfoque evolucionista en psicología, no se reduce al caso de las explicaciones mentalistas y neurológicas. Como hemos mencionado, para los psicólogos evolucionistas la mente humana ha sido diseñada como respuesta a desafíos ambientales específicos durante un período de miles de generaciones. De este modo, la explicación última (o distal) de la existencia de cierto tipo de disposiciones y conductas puede hallarse en el pasado remoto de nuestra especie. Esto se expresa en ocasiones a través de afirmaciones un tanto efectistas como la que sostiene que ‘nuestros cráneos modernos albergan un cerebro de la edad de piedra’ (Cosmides y Tooby, 1997). Sin embargo, tales conductas y disposiciones también parecen ser susceptibles de recibir explicaciones basadas en circunstancias o determinantes actuales, o explicaciones próximas. Tenemos entonces aquí una aparente dicotomía explicativa, que presuntamente opone explicaciones últimas y explicaciones próximas. Dicho sea de paso, esta presunta dicotomía ha sido justamente la base para una de las objeciones de algunos adversarios teóricos de la psicología evolucionista, quienes han cuestionado el supuesto descuido de las explicaciones próximas en beneficio de las explicaciones últimas. Sin embargo, esta aparente dicotomía parece esfumarse ante un análisis apenas algo más minucioso.

Pinker (1997), al esbozar el programa de la psicología evolucionista, observa que ‘la ciencia cognitiva nos ayuda a comprender cómo es posible la mente y de qué clase es la que tenemos. La biología evolutiva nos ayuda a entender *por qué* tenemos la clase de mente que tenemos’ (p. 42. Cursivas del autor). Una idea similar han expresado algunos filósofos de la biología. Por ejemplo, Sober (1993) ilustra esta cuestión mediante la caracterización, debida a Ernst Mayr, de la distinción entre *explicación próxima* y *explicación última*. Preguntas que parecen no problemáticas como ‘¿Por qué crece la hiedra hacia la luz del sol?’ son preguntas ambiguas. Puede estar pidiéndonos que describamos los mecanismos presentes en cada planta que le permiten empeñarse en ir hacia la luz. Este es un problema a resolver por el fisiólogo vegetal. Pero también puede ser que la pregunta se esté refiriendo a por qué la

hiedra (o sus ancestros) ha desarrollado la capacidad de buscar la luz. El fisiólogo vegetal ve una planta que crece hacia la luz y conecta ese efecto con una causa que existe en el propio tiempo de vida del organismo. El evolucionista ve el mismo fenómeno, pero busca una explicación en el pasado remoto. El fisiólogo vegetal intenta describir una causa ontogenética (relativamente) próxima, mientras que el evolucionista intenta formular una explicación filogenética más distal (o “última”). Aplicando el mismo principio de compatibilidad empleado en el caso del ejemplo biológico, Sober sostiene que preguntas como “¿Por qué el ser humano evita el incesto?” pueden responderse en dos niveles de análisis. Se podría intentar buscar una respuesta bien discutiendo la psicología humana, bien proporcionando una explicación evolucionista. Las respuestas psicológicas y las evolucionistas, de esta manera, no están en conflicto.

Consideremos ahora el problema de la competencia explicativa generado por la hipótesis básica acerca de lo mental, esto es, el supuesto teórico de que la mente está constituida por un conjunto de órganos de computación. Como hemos señalado en el apartado anterior, la psicología evolucionista está interesada en tres niveles explicativos: el nivel del problema adaptativo, esto es, los desafíos originados en el ambiente que los organismos deben resolver en su lucha por la supervivencia; el nivel del programa cognitivo u órgano mental, el cual permite resolver el problema adaptativo; y el nivel del sustrato neurofisiológico, que ‘implementa’ o ‘realiza’ el programa cognitivo. Hemos mencionado también que estos niveles se encuentran relacionados de manera tal que la investigación en uno de ellos puede cumplir una función heurística respecto de la investigación de los restantes. De este modo, no parece haber competencia sino complementariedad explicativa, en la cual los diferentes niveles se organizan de una manera armoniosa entre sí. Algunos de los psicólogos evolucionistas más destacados han planteado de manera entusiasta los argumentos favorables a este enfoque:

Advertir que la función del cerebro es la de procesar información ha permitido a los científicos cognitivos resolver al menos una versión del problema mente-cuerpo. Para los científicos cognitivos, *cerebro* y *mente* son términos que se refieren al mismo sistema, el cual puede ser descrito en términos complementarios: o en términos de sus propiedades físicas (el cerebro) o en términos de sus operaciones de procesamiento de información (la mente) (Cosmides y Tooby, 1997).

Esta manera de plantear la complementariedad de niveles explicativos enfrenta, en nuestra opinión, varios problemas. Supongamos, en primer lugar, que estamos ante un mismo sistema de sucesos o propiedades descrito o explicado a partir de dos sistemas conceptuales distintos. Tal coexistencia de dos conjuntos de explicaciones acerca de un mismo sistema podría ser vista como una suerte de superpoblación epistémica, que atenta contra principios de simplicidad o parsimonia que deben

regir nuestros sistemas conceptuales. Dicho en otros términos, ¿qué ganancia cognoscitiva proporciona el poseer dos conjuntos de conceptos y principios relativos a un mismo dominio de hechos? Kim (1989a) ha argumentado en favor de un principio al que denomina de ‘exclusión explicativa’, el cual sostiene que no puede existir más de una explicación completa e independiente de un mismo suceso, o, en otros términos, que sólo pueden existir dos explicaciones adecuadas para un mismo acontecimiento en caso que una de ellas sea incompleta o dependa de la otra. Este principio general, al que Kim considera ‘una restricción general plausible’ (1989a, p. 250) y neutral con respecto a las distintas teorías acerca de la explicación científica, puede ser visto como una aplicación de la ‘navaja de Occam’ al caso de las explicaciones en competencia. Si se admite que este principio tiene una mínima plausibilidad (lo cual aceptamos), recae en los defensores del modelo explicativo dual la carga de presentar una explicación apropiada de cómo los dos niveles descritos, conjuntamente, proporcionan una mayor ganancia epistémica que cada uno de ellos por separado. La superpoblación explicativa debería ser compensada por ganancias en la capacidad predictiva, en la aplicación práctica, o en algún otro respecto, ganancias que no son visibles en las presentaciones estándar del modelo. Si bien hemos mencionado que los psicólogos evolucionistas señalan un valor heurístico para la investigación del modelo de niveles, no resulta admisible, sin mayor análisis, que tal ganancia sea suficiente para aceptar dos sistemas explicativos complejos que coexistan.

Ahora bien, si las operaciones de procesamiento de la información a las que se hace referencia en el texto citado implican la existencia de propiedades ‘mentales’ diferentes a las propiedades puramente físicas del sistema, entonces no sólo debe renunciarse a la pretensión de abandono completo del dualismo que celebran autores como Hagen, sino que también se enfrentan problemas conceptuales más serios. Las explicaciones cognitivas y neurofisiológicas están unidas de una manera en que no lo están otros niveles explicativos; como hemos visto, por medio de la hipótesis ontológica relativa a la naturaleza de la relación entre lo mental y lo físico. Tal hipótesis es básicamente materialista, pero no reduccionista; supone que el dominio de lo mental, si bien mantiene su ‘anclaje’ en el mundo físico por medio de una relación de dependencia o superveniencia, es relativamente autónomo y posee leyes y principios explicativos propios, que no pueden reducirse a los principios y leyes físicas. Sin embargo, es justamente esta hipótesis ontológica la que genera, en nuestra opinión, la tensión entre las explicaciones cognitivas y neurofisiológicas.

Una de las consecuencias que presenta el problema de la ineficacia causal de las propiedades mentales examinado en el apartado anterior es el de la irrelevancia explicativa de tales propiedades. En efecto, suponiendo algunas tesis plausibles acerca de lo que constituye una explicación causal apropiada (la tesis de que tal explicación debe identificar las propiedades causalmente relevantes en la produc-

ción del efecto), parecería que la ineficacia causal conduce irremediabilmente a la irrelevancia explicativa: si las propiedades mentales no son capaces de producir efecto alguno, ninguna explicación causal que dependa esencialmente de tales propiedades resultará satisfactoria. En consecuencia, uno de los niveles explicativos postulados por la psicología evolucionista resultaría, en principio, irrelevante.

El tratamiento del problema de la relevancia explicativa de las propiedades mentales que carecen de eficacia causal presenta aspectos complejos que exceden el marco de este trabajo.⁹ No obstante, podemos señalar aquí algunos puntos importantes.

En primer lugar, hay que admitir que no existen razones de peso para sostener que todas las explicaciones psicológicas deben ser causales.¹⁰ Parece perfectamente lícita, por ejemplo, una explicación que recurra a la base de superveniencia de una propiedad para explicar su ocurrencia. El argumento de la exclusión no prohíbe, en principio, que a partir de propiedades mentales causalmente ineficaces de cierta clase sobrevengán otras propiedades mentales. La existencia de explicaciones psicológicas no causales, no obstante, si bien muestra que el problema planteado por los argumentos de la exclusión no afecta globalmente a toda la psicología, no resuelve el problema de las explicaciones psicológicas causales, que son las relevantes para el enfoque funcionalista supuesto en la psicología evolucionista.

En segundo lugar, podría responderse que las explicaciones mentalistas pueden conservar una relevancia *informativa* en ausencia de las explicaciones correspondientes del nivel neurofisiológico. Como hemos observado, es posible que la investigación realizada en un nivel (y, consecuentemente, las explicaciones obtenidas) pueda cumplir una función heurística respecto de los restantes. Sin embargo, una vez cumplida su función heurística e identificadas las propiedades causalmente eficaces y explicativamente pertinentes del nivel neurofisiológico, las explicaciones psicológicas resultarían redundantes; habría que mostrar, en consecuencia, cómo esta superpoblación explicativa constituiría una ganancia epistémica respecto de un solo conjunto explicativo que haga referencia a las propiedades causalmente eficaces.

⁹ Intentos de mostrar cómo ciertas propiedades de orden superior (entre ellas, las propiedades mentales) podrían conservar relevancia explicativa en ausencia de eficacia causal han sido elaborados por algunos autores (Jackson y Pettit, 1990; Sabatés, 1997).

¹⁰ Cummins (1983), por ejemplo, ha observado que muchas teorías científicas no están diseñadas para explicar cambios sino para explicar propiedades. Estas teorías están destinadas a explicar las propiedades de un sistema no en el sentido planteado por las preguntas '¿Por qué S adquirió P?' o '¿Qué causó que S adquiriera P?', sino en el sentido planteado por preguntas tales como '¿en virtud de qué S tiene P?' Mientras que la pregunta característica respondida por una teoría del primer tipo es '¿por qué el sistema S cambia del estado s-1 al estado s-2?', la pregunta característica planteada por una teoría de propiedad [*property theory*] es: '¿para qué tiene la propiedad S el sistema P?' Para responder a esta última pregunta la estrategia típica es construir un análisis de S que pueda explicar la posesión de P por parte de S apelando a las propiedades de los componentes de S y su modo de organización.

Una razón adicional para suponer la carencia de interés de las explicaciones que no hagan referencia a propiedades causalmente eficaces es su irrelevancia práctica. La construcción de una explicación adecuada que identifique propiedades productivamente eficaces permite fundamentar acciones racionales; en otros términos, identificando explicativamente causas psicológicas de sucesos psicológicos se hace posible, mediante una manipulación apropiada de las primeras, modificar de manera planificada las segundas. Ahora bien, si las propiedades a las que hacen referencia las explicaciones psicológicas son causalmente ineficaces para causar la ejemplificación tanto de otras propiedades mentales como de propiedades físicas, no puede suponerse razonablemente que su manipulación permita la modificación de otras propiedades mentales o físicas. Esta objeción sería obviamente irrelevante en caso que la psicología evolucionista no se propusiera ninguna clase de objetivos prácticos. No obstante, como hemos visto, este programa se propone como objetivo una reestructuración global de la psicología, incluyendo sus aspectos aplicados, como la psicología clínica.¹¹ Por esta razón, la irrelevancia práctica de las explicaciones parece una objeción adicional admisible.

En síntesis, las explicaciones psicológicas que apelen a propiedades causalmente ineficaces, en presencia de explicaciones neurofisiológicas apropiadas, no parecen conservar interés teórico o práctico. Si las consideraciones precedentes son correctas, no parece haber razones suficientes para defender la importancia epistémica del nivel explicativo propiamente psicológico y, *a fortiori*, la de una psicología basada en la perspectiva evolucionista.

4. Conclusiones

Hemos tratado de mostrar que la psicología evolucionista presenta considerables problemas conceptuales, tanto ontológicos como epistemológicos. En primer lugar, el enfoque funcionalista adoptado no parece ser capaz de garantizar un rol causal adecuado a las propiedades mentales; en la competencia con las propiedades neurales por la producción de otras propiedades mentales y la conducta observable las propiedades mentales parecen, indudablemente, salir perdidas. En segundo lugar, la coexistencia de explicaciones cognitivo/computacionales y explicaciones neurofisiológicas constituye un caso de competencia explicativa que no puede ser resuelto a partir de la hipótesis ontológica básica relativa a la relación entre lo mental y lo físico, ya que tal hipótesis es, como señalamos, intrínsecamente problemática. Asimismo, hemos observado que, de las opciones abiertas por tales problemas, alguna forma de materialismo reduccionista parece la más plausible. Tal reduccio-

¹¹ Cfr. por ejemplo Kennair (2002).

nismo, si bien una consecuencia que puede no resultar indeseable a algunos investigadores en el ámbito de la neurociencia, parece contradictorio con el propósito de reconstruir una ciencia psicológica relativamente autónoma sobre la base de la teoría evolucionista.

Para finalizar, y dado el carácter general de los problemas expuestos, es posible plantear un interrogante relativo al impacto potencial de éstos sobre el programa evolucionista en psicología. La respuesta a esta pregunta dependerá del estatus que se asigne a los principios constitutivos de la teoría de la mente presupuesta. Si los principios teóricos fundamentales de la psicología evolucionista son concebidos, como han hecho algunos autores (Ketelaar y Ellis, 2000), como parte del ‘núcleo duro’ de un programa de investigación del tipo propuesto por Lakatos, parecería que la crítica teórica no podría afectarlos demasiado. En efecto, los principios teóricos generales relativos a la naturaleza de la mente no podrían ser refutados, y el programa de investigación fáctica consecuente sólo podría ser juzgado a la luz de criterios como su capacidad explicativa, éxito predictivo, fertilidad, etcétera. Sin embargo, no hay ninguna razón de peso para concluir que la reconstrucción de Lakatos sea la única, y ni siquiera la mejor, para modelizar el programa de la psicología evolucionista. Si la crítica conceptual puede, en consecuencia, dirigirse a los principios teóricos de más alto nivel, las objeciones a la ontología de la mente supuesta podrían jugar un rol análogo al que han jugado las críticas a las interpretaciones de los principios de la teoría de la evolución sostenidas por los psicólogos evolucionistas. Esto es, observar que, así como se señalan errores fundamentales en la aplicación de la teoría evolucionista, la psicología evolucionista se basa en una teoría psicológica implausible. Esta potencial objeción cobra considerable fuerza si se tiene en cuenta que una de las acusaciones que los psicólogos evolucionistas formulan contra los partidarios del llamado ‘modelo estándar de las ciencias sociales’ es que éstos proponen una psicología imposible.

Con el entusiasmo característico que presentan algunos de los psicólogos evolucionistas más renombrados, distintos autores señalan que la teoría computacional de la mente constituye uno de los grandes avances en la historia intelectual, que permite ‘resolver el problema mente-cerebro’ (Pinker, 1997).¹² Sin embargo, hemos visto que existen varias razones para dudar de que este entusiasmo esté plenamente justificado.

Referencias bibliográficas

BAKER, L. (1993): “Metaphysics and Mental Causation”, en J. Heil y A. Mele (eds.), *Mental Causation*, New York, Oxford University Press, pp. 75-95.

¹² Parecido optimismo demuestran Cosmides y Tooby (1997, 2000).

- BARRETT, C. & FIDDICK, L. (1999): "Evolution and risky decisions", *Trends in Cognitive Sciences*, 4, pp. 251-252.
- BLOCK, N. (1990): "Can the Mind Change the World?", en C. & G. Macdonald (Eds.), *Philosophy of Psychology. Debates on Psychological Explanation, Volume One*, London, Blackwell, pp. 29-59.
- BUNGE, M. (2003): *Emergencia y convergencia. Novedad cualitativa y unidad del conocimiento*, Barcelona, Gedisa.
- BURGE, T. (1993): "Mind-Body Causation and Explanatory Practice", en J. Heil y A. Mele (eds.), *Mental Causation*, New York, Oxford University Press, pp. 97-120.
- BUSS, D. (1992): "Mate Preference Mechanism: Consequences for Partner Choice and Intrasexual Competition", en J. Barkow, L. Cosmides & J. Tooby (Eds.), *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, New York, Oxford University Press, pp. 249-266.
- BUSS, D. (1995): "Evolutionary Psychology: A New Paradigm for Psychological Science", *Psychological Inquiry*, 6, pp. 1-30.
- COSMIDES, L. & TOOBY, J. (1992): "Cognitive Adaptations for Social Exchange", en J. Barkow, L. Cosmides & J. Tooby (Eds.), *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, New York, Oxford University Press, pp. 163-228.
- COSMIDES, L. & TOOBY, J. (1997): "Evolutionary Psychology: A Primer", recuperada el 25/2/2003 de <http://www.psych.ucsb.edu/research/cep/primer.html>
- COSMIDES, L. & TOOBY, J. (2000): "Evolutionary Psychology and the Emotions", en M. Lewis & J. M. Haviland-Jones (Eds.), *Handbook of Emotions*, 2nd Edition, NY, Guilford, pp. 91-115.
- CUMMINS, R. (1983): *The Nature of Psychological Explanation*, Cambridge and London, MIT Press/Bradford Books.
- DALY, M. & WILSON, M. (1988): *Homicide*, New York, Aldine de Gruyter.
- DENNET, D. (1995): *Darwin's Dangerous Idea*, New York, Simon and Schuster.
- DURRANT, R., & ELLIS, B. J. (2003): "Evolutionary Psychology", en M. Gallagher & R.J. Nelson (Eds.), *Comprehensive Handbook of Psychology, Vol. 3: Biological Psychology*, New York, Wiley & Sons, pp. 2-33.
- FODOR, J. (1998): "The Trouble with Psychological Darwinism", *London Review of Books* Vol. 20, No 2.
- FODOR, J. (2000): *The Mind Doesn't Work That Way: The Scope and Limits of Computational Psychology*, Cambridge, MA., MIT Press.
- GLYMOUR, C. (1999): "A Mind Is a Terrible Thing to Waste - Critical Notice: Jaegwon Kim, "Mind in a Physical World"", *Philosophy of Science*, 66, 3, pp. 455-471.
- GOULD, S. J. (1997): 'Evolution: The Pleasures of Pluralism', *New York Review of Books*, June 26.

- HAGEN, E. H. (2005): “Controversial Issues in Evolutionary Psychology”, en David Buss (Ed.) *The Handbook of Evolutionary Psychology*, New York, Wiley, pp. 145-175.
- JACKSON, F. y PETTIT, P. (1990): “Program Explanation: a General Perspective”, *Analysis*, 50, pp. 107-117.
- KENNAIR, L. E. O. (2002): “Evolutionary Psychology: an Emerging Integrative Perspective Within the Science and Practice of Psychology”, *Human Nature Review*, 2, pp. 17-61.
- KETELAAR, T., & ELLIS, B. J. (2000): “Are evolutionary explanations unfalsifiable? Evolutionary psychology and the Lakatosian philosophy of science”, *Psychological Inquiry*, 11, pp. 1-21.
- KIM, J. (1989a): “Mechanism, Purpose, and Explanatory Exclusion”, en James E. Tomberlin (Ed.), *Philosophical Perspectives*, 3, *Philosophy of Mind and Action Theory*, Atascadero, Cal., Ridgeview Publishing Company, pp. 237-264.
- KIM, J. (1989b): “The Myth of Nonreductive Materialism”, *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 63, pp. 31-47, reimpresso en J. Kim (1993b).
- KIM, J. (1990): “Explanatory Exclusion and the Problem of Mental Causation”, en C. & G. Macdonald (Eds), *Philosophy of Psychology. Debates on Psychological Explanation, Volume One*, London, Blackwell, pp. 121-141.
- KIM, J. (1993a): “The Nonreductivist’s Troubles with Mental Causation”, en John Heil y Alfred Mele (eds.), *Mental Causation*, Oxford, Oxford University Press, 1989, pp. 336-357, reimpresso en J. Kim (1993b).
- KIM, J. (1993b): *Supervenience and Mind*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KIM, J. (1998): *Mind in a Physical World. An Essay on the Mind-Body Problem and Mental Causation*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- KIM, J. (2005): *Physicalism, or Something Near Enough*, Princeton and Oxford, Princeton University Press.
- LEWONTIN, R. C., ROSE, S. & KAMIN, L. (1984): *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Barcelona, Biblioteca de Bolsillo.
- MACDONALD, K. (1996): “What do children want? An evolutionary perspective on children’s motivation in the peer group”. *International Journal of Behavioral Development*, 19, pp. 53-73.
- MACDONALD, K. (1998): “Evolution and Development”, en A. Campbell & S. Muncer (Eds.), *Social Development*, London, UCL Press, pp. 21-49.
- MARRAS, A. (2000): “Critical Notice of *Mind in a Physical World* by Jaegwon Kim”, *Canadian Journal of Philosophy*, 30, pp. 137-160.
- NEESE, R. (2000): ‘Is Depression an Adaptation?’, *Archives of General Psychiatry*, 57, pp. 14-20.
- NEESE, R. (1998): “Emotional disorders in evolutionary perspective”, *British Journal of Medical Psychology*, 71, pp. 397-415.

- PANKSEPP, J. & PANKSEPP, J. B. (2000): "The Seven Sins of Evolutionary Psychology", *Evolution and Cognition*, 6, pp. 108-131.
- PINKER, S. (1997): *Cómo funciona la mente*, Barcelona, Destino.
- PINKER, S. & BLOOM, P. (1992): "Natural Language and Natural Selection", en J. Barkow, L. Cosmides & J. Tooby (Eds.), *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, New York, Oxford University Press, pp. 451-493.
- ROSE, S. (1997): *Trayectorias de vida*, Barcelona, Granica.
- SABATÉS, M. (1997): "Should a Cognitive Psychologist Worry About the Causal Inefficacy of the Mental?", en B. Niggemeyer (ed.), *The Cognitive Level*, Duisburg, LAUD Verlag.
- SOBER, E. (1993): *Filosofía de la biología*, Madrid, Alianza, 1996.
- TATTERSALL, I. (2001): "Evolution, Genes, and Behavior", *Zygon*, 36, pp. 657-666.
- TOOBY, J. & COSMIDES, L. (1992): "The Psychological Foundations of Culture", en J. Barkow, L. Cosmides & J. Tooby (Eds.), *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, New York, Oxford University Press, pp. 19-136.
- WRIGHT, R. (1994): *The Moral Animal*, New York, Vintage Books.

Gustavo Fernández Acevedo
Departamento de Filosofía
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Mar del Plata.
facevedo@mdp.edu.ar